

# La comunicación con los muertos

Julio Caycedo<sup>210</sup>

*“¿Qué extraño!”-dijo la muchacha, avanzando cautelosamente-. ¿Qué puerta más pesada! -La tocó, al hablar, y se cerró de pronto de un golpe. ¡Dios mío!- dijo el hombre-. Me parece que no tiene picaporte por dentro. ¡Cómo, nos ha encerrado a los dos! -A los dos no. A uno solo -dijo la muchacha. Pasó a través de la puerta y desapareció.”*

I. A. IRELAND. “Visitations” (1919).

“A mi tía –dice Ligia Perdomo, una opita de 48 años que trabaja como empleada doméstica en la casa de Magda García, una fervorosa católica 10 años mayor– le hicieron brujería y casi la matan. Se lo cuento porque me consta. Primero, el marido se le fue con otra más joven; luego se quedó sin trabajo y le mataron al hijo, y para rematar, al final se enfermó de una cosa que ni los médicos sabían qué era. La salvó un brujo amigo de la familia que encontró el en-

terro que le habían hecho y le hizo la contra a tiempo”.

“No hable de esas cosas aquí Ligia –ordena ofuscada doña Magda– mejor vaya y traiga el agua para ver si terminamos rápido y nos vamos. Y usted mijo, quédese aquí conmigo”. Ligia se agacha, levanta del suelo una botella desechable de Colombiana de dos litros, y baja cuidadosamente por las angostas escaleras. Desde el segundo piso podemos seguirla con la mirada. “Si no estuviera usted, tendríamos que ir las dos; abajo lo ven a uno los celadores de las bicicletas y no pasa nada, pero aquí arriba... le pueden hacer a uno Dios sabe qué cosas”.

Las dos mujeres están lavando con esponjilla y jabón, como religiosamente hacen

1 Profesional en Estudios Literarios, y especialista en periodismo. Locutor comercial y asiduo colaborador de Revistas nacionales como Don Juan y Arcadia. Actualmente se desempeña como Web Master de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa RENATA, un proyecto del área de artes del Ministerio de Cultura. Correo electrónico: [finde-lacerca@gmail.com](mailto:finde-lacerca@gmail.com)



cada dos meses, la lápida de un pariente que falleció en un accidente en agosto de 1967, cuyo nombre prometí no revelar. “Hoy –dice doña Magda– está siendo fácil porque solo tenía pintadas un par de cruces, pero hemos visto de todo. Una vez la habían pintado con barniz negro y nos tocó limpiarla con gasolina. Claro, cómo desde abajo no se ve para arriba, se presta para que la gente haga cosas horribles. A mí lo que me da miedo es que me atraquen, me dan miedo los vivos y no los muertos que ya están descansando. En todos los años que llevo viniendo me han atracado dos veces, y en cambio, nunca he visto a un ningún fantasma ni a ninguna bruja.”

Las tumbas contiguas, algunas evidentemente profanadas, están atiborradas de toda clase de signos y peticiones escritas con marcador negro y rojo: “Acuérdate allá de los que piden por tu alma desde acá”; “Consérvalo a mi lado, núblale la voluntad, entrégame su corazón”; “Enfermedad y muerte para Lady y su hija bastarda”; “Siete rosarios, uno para ascender cada peldaño, todos a cambio de un favor”.

Doña Magda posiblemente no sabe que la tumba de su pariente accidentado está en uno de los lugares en los que más brujería se práctica en Bogotá: la Escalera de Caracol del Cementerio Central de la capital, una suerte de edificio funerario con sótano y segundo piso, que representa con su forma elíptica la ascensión de las almas hacia el paraíso... o hacia otros rumbos, podría pensarse, ya que la magia en este lugar tiene que ver con los esfuerzos de las ánimas para salir del purgatorio. Actualmente el sótano de la construcción se encuentra cerrado con candado, y solo la administración y los familiares de los restos allí depositados tienen llave.

“Lo que hay que hacer doña Magda – dice la señora Ligia que ya viene trayendo el

agua–, es cambiar la lápida por una que no diga que ahí está el alma de un accidentado, mire que eso hace que la gente le pida más cosas y no lo dejen descansar”.

La señora Ligia tiene razón. Las creencias populares dicen que el alma de los que parten de este mundo dolorosamente, tienen que hacerles favores a los vivos para olvidar el dolor que los mató.

Son las 5:30 de la tarde, hace frío y el cielo comienza a nublarse. El aire que se respira en el segundo piso se siente denso, pegajoso, mortecino. A pesar de que el sol ha evaporado casi por completo los charcos que dejó la lluvia de la mañana en la desafortunada arquitectura, aún queda agua estancada. Veo las cucarachas que entran y salen por la abertura de una de las tumbas profanadas.

Doña Magda guarda silencio. A ella, que tiene educación universitaria, las historias y creencias de su empleada sobre brujería le parecen cuentos de gente de pueblo. Ligia, evidentemente fastidiada con su labor de limpiadora de maleficios, dice que cuando llegue a casa va a tener que bañarse con las siete yerbas de purificación. Doña Magda, aún en silencio, le da la última bocanada a su cigarrillo y le sopla el humo a las flores que le va a dejar a su pariente. Luego se persigna. Ella está protegida contra cualquier mal gracias a la acción de los rosarios que reza todas las mañanas, a los escapularios que cuelga de la cabecera de su cama, a las misas ofrecidas en su casa por un sacerdote amigo de la familia, y por la adecuada ubicación de varios elementos protectores de Feng Chui.

¿Son menos mágicas las creencias de Magda con respecto a las de Ligia? ¿Es menos mago, o brujo, el amigo de la familia de la primera, que el amigo de la familia de la

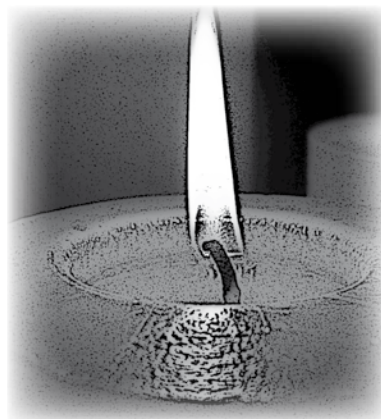


segunda? ¿Existe Dios pero no existe el Diablo? Es posible que existan ambos y que no exista ninguno. Recuerdo la frase de Novalis, el escritor alemán que murió a finales del siglo XVIII, que dice que la imaginación humana no ha creado nada que sea real. Los seres humanos podemos creer, al mismo tiempo, en dos cosas que se complementen y que se contradigan entre ellas.

### ***Exspectamus resurrectionem mortuorum***

La entrada del Cementerio Central ostenta en su portón el latín imprecatorio de la fe cristiana: “esperamos la resurrección de los muertos”, lo que tiene que ver también con el origen mismo de la noción del camposanto. La palabra cementerio viene del griego *koi-metérion*, que significa dormitorio, porque según las creencias antiguas, al cementerio se iba a dormir hasta el momento de la resurrección.

Sobre la frase latina, un ángel blanco y anciano sostiene paciente una guadaña negra y observa a los visitantes que cruzan bajo sus ojos. El Cementerio Central fue el primer camposanto que se construyó en la Bogotá del siglo XVIII, luego de que fueran prohibidas, por motivos de salubridad pública, las inhumaciones en los atrios de las iglesias. Originalmente estaba localizado en el área perimetral del entonces casco urbano y se llamaba Cementerio Universal, sin embargo, el crecimiento de la ciudad a lo largo del tiempo lo encerró en la zona céntrica, y entonces fue necesario cambiarle el nombre por el que tiene actualmente. La construcción, declarada Monumento Nacional en 1984, que aloja los cuerpos de los próceres de la República, favorece con su abarrotada arquitectura los más escabrosas prácticas mágicas. Todo



aquí se lee, significa algo, simboliza y materializa referencias espirituales, fervorosas, ultraterrenas.

### **Para la muestra: un par de encantamientos**

Doña Estela Chitiva, una mujer introvertida de 47 años, trabaja frente al cementerio vendiendo estampitas y novenas de santos locales. En su pequeño puesto móvil —un cajón de madera que pone boca abajo— exhibe atados de velas blancas y amarillas, estampitas de José Gregorio Hernández, de las benditas ánimas del purgatorio y de San Leo Sigfrido Koop, el antiguo fundador de Bavaria cuya estatua funeraria permanece atenta, bronceada, escuchando desde el más allá los deseos de sus penitentes.

Doña Estela no hace contacto físico con nadie. Les indica a sus compradores con el dedo índice el precio de los objetos que exhibe, y cuando alguien compra algo, le pide que deje el dinero sobre el pequeño mostrador de donde ella lo toma y luego, ahí mismo, si es necesario, deja las “devueltas” para el cliente. Se excusa —sin mirar nunca a los ojos— diciendo que no tiene las manos limpias y que no toca a su clientela para no ensuciarlos, pero después de que le compro un par de estampitas de santos milagrosos y le pago algunos



miles de pesos, me confiesa que no toca a nadie porque al cementerio “van gentes” con muy malas intenciones y uno no puede saber “quién es quién”. Los penitentes en los cementerios piden cosas buenas y malas, piden salud y enfermedad. Y es que la magia, o la brujería para que las ánimas den salud y para que la quiten, tiene extensiones peligrosas: “si uno está de malas y toca al que no es, se le mete a uno un frío en los huesos que le va quitando la vida desde adentro”.

Le explico a mi desconfiada proveedora sobre objetos milagrosos, que necesito al más milagroso de los huéspedes del cementerio para pedirle un favorcito, y entonces ella me señala con el índice la Novena en Sufragio de las Benditas Almas del Purgatorio. “Vaya con los N. N. (ningún nombre) que son las más poderosas, las que más oyen y las que más milagros hacen ¿Por qué? Pues por la fe, todos los tenemos fe y ellas nos tienen fe a nosotros... Hay una relación de interés de lado y lado, del lado de acá y del de más allá.”

Me voy en busca de los N.N. esperando en encontrar a alguien encendiendo velas negras o chorreando las lápidas con sangre de animal, pero no veo a nadie. La brujería, como se puede suponer, se practica sin testigos. Entre los pabellones silenciosos y ordenados, y los mausoleos elocuentes de los próceres y las eminencias nacionales (entre ellos, para sorpresa de muchos un suicida, el poeta José Asunción Silva), el cementerio confirma lo que dice doña Estela. Sin flores están las tumbas de Santander, de Rafael Pombo, de Miguel Antonio Caro, y no, para envidia suya, las de los muchos “Ningún Nombre”, que ostentan cruces e inscripciones muy variadas, testimonio de las múltiples visitas que sus devotos les hacen. La emergencia popular y la fortaleza con que el re-

ferente de estas tumbas sin nombre habla a los visitantes del cementerio sugieren otras formas simbólicas de la democracia y la historia patria. Aquí los héroes son otros. Los agentes del evento mágico, aún anónimos, son quienes extienden su poder sobre la ciudadanía.

“Muchas son las penas que sufren las benditas almas del Purgatorio pero la mayor de ellas consiste en pensar que por los pecados que cometieron en vida han sido ellas mismas la causa de sus propios sufrimientos”, dice la novena que me vendió la intocable doña Estela. Este principio es el que activa las prácticas mágicas, pues para bien o para mal –tal es la moral del más allá, las ánimas necesitan hacer favores a los vivos para salir del Purgatorio (entidad que ahora, como sabemos, la Iglesia dejó en el Limbo) y conseguir el anhelado descanso eterno en el que brilla la luz perpetua.

La magia, dicen los expertos, funciona por extensión y por imagen. Para efectuarla por extensión, es necesario que quien pide el favor proporcione alguna extensión del cuerpo de la persona a la que se quiere afectar (fluidos como sangre, orina, lágrimas o residuos como pelo y materia fecal); para usar la imagen se acude a fotografías, o en su defecto, a dibujos. Siguiendo el principio bíblico aquel que dice que “primero fue el verbo”, se utiliza también la palabra y se escriben invocatorias con toda suerte de plegarias y usos flexibles de la ortografía, en papelitos que prometen desgracias si no se copian “a puño y letra” varias veces y se distribuyen por el cementerio (tal como en las cadenas de internet en las que se distribuyen mensajes por la web). Igualmente se usan los “muñecos”, otra forma de representación a la que acuden los interesados en este intercambio de favores con las ánimas. Y son poderosos.



## Creer y no creer, esa es la cuestión

Luis Alfredo Pérez encontró uno de aquellos “muñecos” en su época de estudiante universitario. Merodeaba el cementerio, me cuenta, tratando de entender cómo funcionaba la brujería. Entre una de las tumbas tuvo la suerte, o la mala fortuna, de encontrar un “muñeco”. Estaba envuelto y amarrado con tres retazos de tela arrancados a la ropa de un muerto desenterrado. Cada retazo (uno arrancado de la camisa, otro del pantalón y otro de alguna prenda interior) le daba siete vueltas al muñeco y finalizaban con un nudo doble que unía las dos puntas.

La factura del muñeco era tan limpia y cuidadosa que parecía haber sido comprado en un almacén de artículos de decoración para bebés. Estaba hecho con dos capas de fieltro negro cosidas una a la otra, una tenía ojitos y una sonrisa bordada, el interior estaba relleno de hueso de humano molido. Un alfiler, con el que presuntamente se pretendía dominar la voluntad del hechizado, lo atravesaba. Luis Alfredo lo removió en un acto de escepticismo puro. El trabajo fue un éxito dice, sin embargo, siete meses después,

sufrió sin precedentes ni explicaciones la terrible parálisis que ocasiona el Síndrome de Guillain-Barré. Hoy, aunque aún es un escéptico, cree que su enfermedad pudo haberse originado aquel día.

## Comunicaciones virtuales de ultratumba

En la tumba de Aquileo Parra aparece la forma más singular de comunicación con las almas. Los interesados encontrarán un pequeño papel pegado a la lápida de su tumba con el siguiente mensaje:

“Soy don Aquileo, deseo comunicarme con ustedes. 750 60 31”.

Cuando le pregunté a Luis Alfredo si se animaría a llamar a nuestro ilustre ex Presidente – pues, reconozcámoslo, es tentadora la idea de aclarar la historia nacional con una llamada al más allá –, me contestó que no con el eterno refrán, “yo no creo en brujas mi hermano, pero que las hay, las hay”.

Llamé muy tarde por la noche, y colgué con vergüenza al oír la voz de un pobre cristiano que yo acababa de despertar, quién sabe si del sueño eterno.

✕

